

El poeta tomó el manuscrito y se lo llevó á su casa; pero no tuvo el suficiente cuidado para guardarlo, y yo he podido arrancar de él algunas hojas para formar este pequeño libro, que ofrezco al público descaradamente.



MADAMA HEURTEBISE



MADAMA HEURTEBISE

Ésta ciertamente no había nacido para casarse con un artista, sobre todo con este terrible muchacho apasionado, tumultuoso, exuberante, que cruzaba el mundo alta la cerviz, retorcido el bigote, llevando á lo calavera, como un desafío á las convenciones necias y á las burguesas preocupaciones, su nombre extraño y petimetre de Heurtebise (Tramontana.)

¿Cómo, por qué milagro esta mujercita, educada en una joyería, colocada tras largas filas de cadenas de reloj y de sortijas, encontró medio de seducir á este poeta?

Imagináos las gracias de una señorita de mostrador, los rasgos indecisos, la mirada siempre fría y sonriente, una fisonomía complaciente y plácida, no de verdadera elegancia, sino de cierto amor á lo brillante, á lo llamativo, que sin duda había aprendido en el mostrador de su padre y que le hacía rebuscar los lazos de raso, que casaran bien los cinturones, los pendientes; añádase á esto el cabello arreglado por el peluquero, muy alisado por el cosmético, por cima de una pequeña frente deprimida, estrecha, en donde la falta de arrugas, más que juventud, indicaba una nulidad completa de ideas. Tal como era, Heurtebise la amó, la pidió en matrimonio y, como tenía alguna fortuna, no le costó gran trabajo conseguirla.

Lo que á ella le gustaba en esta boda era el pensamiento de casarse con un autor, hombre conocido, que le propor-

cionaría cuantos billetes quisiera de teatros. En cuanto á él, creo que en realidad, esta falsa elegancia horteril, estos modales pretenciosos, boca fruncida,



dado meñique en el aire en todas las posturas de la mano, lo había desvanecido como si fuera la última palabra de la distinción parisiense: porque él nació provinciano, y en el fondo, á pesar de su talento, permaneció paleta toda su vida.

Tentado por la apacible felicidad de la vida de familia, de la cual estaba privado hacía mucho tiempo, Heurtebise pasó dos años lejos de sus amigos, escondido en el campo, en uno de esos rinconcillos de las afueras, cerca de ese París que le turbaba y cuya atmósfera debilitadora buscaba él siempre, como esos enfermos á los cuales se les aconseja el aire del mar, pero que, demasiado delicados para soportarlo, van á respirarlo á unas cuantas leguas de distancia. De tarde en tarde aparecía su nombre, en un periódico ó en una revista, al pie de un artículo; pero ya no tenía aquella frescura de estilo, aquella elocuencia arrebatadora que lo caracterizaba. Nosotros decíamos: «Es demasiado feliz...; su felicidad lo echa á perder».

De pronto, un día se presentó entre nosotros, y en seguida conocimos que no era feliz. Su palidez, sus facciones comprimidas, contraídas por una perpetua excitación, la violencia de sus maneras, deladoras de una continua cólera nerviosa, su sonora y simpática risa de antes, trocada en contracción violenta, ha-

cían de él otro hombre completamente distinto. Demasiado orgulloso para confesar que se había equivocado, no se quejaba; pero los amigos antiguos, á quienes recibió de nuevo en su casa, pudieron convencerse muy pronto de que había hecho el más estúpido de los casamientos. En cambio, la señora de Heurtebise se nos apareció, después de dos años de casada, tal y como la habíamos visto en la sacristía de la iglesia el día de su boda. Su misma sonrisa mimosa y tranquila, su mismo aspecto de hortera endomingada; pero ahora tenía aplomo. Hablaba ya. En las discusiones artísticas á que Heurtebise se lanzaba apasionadamente, con sus juicios absolutos, con desprecio brutal ó entusiasmo ciego, la voz chillona de su mujer lo interrumpía de pronto, obligándole á oír cualquier razonamiento ocioso, cualquiera reflexión tonta y siempre fuera de lugar. Él, molesto, cortado, la miraba con cierta expresión que pedía misericordia y procuraba continuar la conversación interrumpida. Luego, ante la contradicción íntima y persistente, la tontería de aque-

lla cabecilla de chorlito, callaba, resignado á dejar que las cosas fueran hasta el final. Pero aquel mutismo exasperaba á la señora, porque le parecía más injurioso, más desdeñoso que nada. Su voz agrídulce se volvía chillona, subía de tono, mordía, zumbaba con la monotonía del zumbido de una mosca, hasta que el marido, furioso, estallaba á su vez, brutal y terrible.

De aquellas querellas incesantes, que acababan en lágrimas, la mujer salía más reposada, más fresca y más lozana, como prado de hierba después del riego; él, en cambio, salía cada vez más quebrantado, febril, incapaz de todo trabajo. Una noche que había yo presenciado una de esas lamentables escenas, al levantarse la señora de Heurtebise triunfante de la mesa, vi en la cara de su marido, que mientras duraba la disputa la había tenido baja y dura, la expresión de un desprecio, de una cólera tan grandes, que no hay manera de encontrar palabras para pintarlas. Colorado, con los ojos bañados en lágrimas, la boca contraída por una sonrisa irónica y desespe-

rada, al salir la mujer de la habitación dando un portazo, le hizo, como chiquillo á espaldas del maestro, una mueca atroz de rabia y de dolor. Al cabo de un instante le oí murmurar, con voz ahogada por la emoción: «¡Ah, si no fuese por el chiquillo, qué pronto me marcharía!»

Porque tenían un hijo, un niño soberbio y sucio y que se arrastraba por los rincones y jugaba con los perros, que eran más grandes que él, con la tierra y con los bichos del jardín. La madre no lo miraba más que para decir que era *asqueroso* y que sentía no haberlo dado á criar. Y es que, en efecto, conservaba sus tradiciones de señorita de mostrador; y la casa, siempre en desorden, por la cual arrastraba las colas de vestidos muy adornados y llamativos, recordaba sus queridas trastiendas, las habitaciones oscuras y faltas de aire donde entran los tenderos para comer, de prisa y corriendo, una comida mal hecha, en una mesa sin mantel, con el oído siempre alerta, por si oyen sonar el timbre de la puerta de entrada. Entre esa gente no se tiene en cuenta más que la calle, por

donde pasan los compradores, los vagos y ese desbordamiento de gente en vacaciones que los domingos llena la acera y el arroyo. Así es que



aquella desdichada se aburría en el campo y echaba mucho de menos á París. Heurtebise, por el contrario, tenía necesidad de la campiña para curar su alma. París le aturdía como á los provincianos que van á pasar una temporada en él. Su

mujer no comprendía eso, y se quejaba continuamente de su destierro. Para distraerse invitaba á sus

amigas antiguas. Entonces, si el marido no estaba presente, se entretenían en hojear papeles, notas y trábajos comen-  
zados.

«Mira si es raro, hija mía... Se encierra para escribir esto; se pasea y habla solo... Al principio no entiendo nunca lo que hace.»

Y entonces empezaban las lamentaciones y el echar de menos los tiempos pasados.



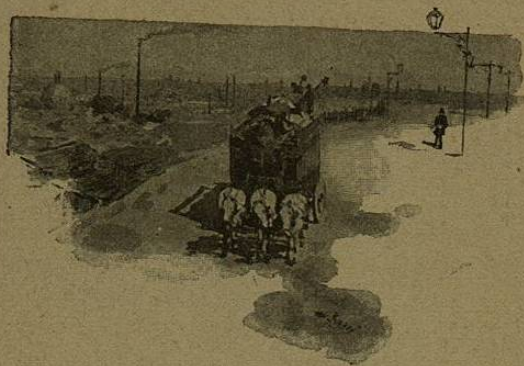
«¡Ah, si yo lo hubiera sabido!... ¡Cuando me acuerdo de que podía haberme casado con Aubertot y Fajon, los comerciantes de ropa blanca!...»

Citaba siempre los dos socios al mismo tiempo, como si se hubiera de haber casado con la razón social. En presencia del marido no guardaba mayores consi-

deraciones. Lo fastidiaba, impedía que trabajase; instalaba en la misma habitación donde estaba trabajando, la charla insípida de mujeres ociosas que hablaban alto, llenas de desdén hacia la profesión de literato, que produce poco, y cuyas más laboriosas horas se parecen siempre á una caprichosa holganza.

De cuando en cuando Heurtebise procuraba escapar á aquella vida, que cada día se le antojaba más siniestra. Iba á París, tomaba un cuartito en la fonda... quería hacerse la ilusión de que era soltero; pero de pronto pensaba en su hijo, y con locos deseos de darle un beso se volvía aquella noche misma al campo. En esas ocasiones, para evitar la escandalosa escena de su regreso, se llevaba consigo á un amigo y lo detenía allí el más largo tiempo posible. Cuando no se veía á solas con su mujer, su hermosa inteligencia despertaba de su letargo, y sus proyectos de trabajo, interrumpidos poco á poco y uno detrás de otro, volvían á ser acariciados. Pero ¡qué desengaño cuando el amigo se iba! Hubiera querido detener á los que le visitaban y

asirse á ellos con todas las fuerzas de su aburrimiento. ¡Con cuánta tristeza nos acompañaba á la parada de los ómnibus que habían de llevarnos á París! Y cuando nos íbamos, ¡con cuánta lentitud se volvía por el polvoriento camino con los



hombros encorvados, los brazos caídos é inertes y escuchando el ruido de las ruedas que se alejaban!

Y es que el estar solo con su mujer se le había hecho insoportable. Para evitarlo tomó la resolución de tener siempre la casa llena de gente. Como tenía buen corazón y además estaba hastiado

y le era todo indiferente, fué poco á poco rodeándose de todos los muertos de hambre, de la literatura. Un montón de escritores perezosos, *chiflados*, visionarios, se instalaron en su casa más de lo que él lo estaba; y como la mujer era muy estúpida, incapaz de juzgar, los encontraba muy simpá-



uticos y superiores á su marido porque gritaban más que él.

La vida se pasaba allí en discusiones ociosas. Aquello era un estrépito de palabras vacías y de tonterías, y el pobre Heurtebise, inmóvil y silencioso en medio de aquel barullo, se contentaba con sonreír, encogiéndose de hombros. Al-

gunas veces, sin embargo, cuando al final de una de aquellas comidas interminables, todos sus convidados, con los codos sobre el mantel, comenzaban en torno de una botella de aguardiente una



de aquellas batallas de palabras tan asfixiantes como el humo de sus pipas, acometiale un inmenso malestar, y como no tenía valor para despedir de su casa á todos aquellos desdichados, se iba él y estaba ocho días sin volver. «Mi casa



está llena de imbéciles, me decía cierto día, y no me atrevo á volver á ella». Con aquel género de vida era imposible que escribiese. Su firma aparecía en público muy rara vez, y su fortuna, malgastada por aquella perpetua necesidad de tener gente en su casa, iba trasladándose al bolsillo de los que le tendían las manos.

Hacía mucho tiempo que no nos habíamos visto, cuando una mañana recibí una esquila de su puño y letra, en otro tiempo tan firme y ahora tan temblona. «Estamos en París. Ven á verme. Me aburro.» Me lo encontré con su mujer, su hijo y sus perros en un piso pequeño y lúgubre de Batignoles. El desorden, que no tenía sitio bastante para exhibirse, parecía aún más terrible que en el campo. Mientras el chico y los perros se revolcaban por las habitaciones, que parecían cajones por lo chicas, Heurtebise, enfermo, estaba acostado, con la cara vuelta hacia la pared, en estado de completa postración. La mujer, siempre muy vestida, siempre plácida, apenas si lo miraba. «No sé lo que tiene,» me dijo haciendo un gesto de indiferencia. Él, al verme,

recobró por un momento la alegría, su buen humor, ahogados en seguida. Como habían conservado en París las costumbres del campo, á la hora de almorzar llegó á aquella casa, trastornada por la enfermedad y el apuro, un parásito, un hombrecillo calvo, rapado, tieso, agrio, á quien llamaban en la casa «el hombre que ha leído á Proudhon.» Así es como Heurtebise, el cual no sabría probablemente su nombre, lo presentaba á todo el mundo. Cuando le preguntaba alguno «¿Quién es?» contestaba con convicción: «¡Oh! Un ciudadano que sabe mucho, que ha leído mucho á Proudhon.» No lo parecía, sin embargo, porque aquel talento profundo no se manifestaba nunca más que en la mesa para quejarse de que una cosa estaba mal asada ó una salsa mal hecha. Aquella mañana, el hombre que había leído á Proudhon declaró que el almuerzo era detestable, lo cual no impidió que se comiese la mitad él solo.

¡Qué largo y qué lúgubre me pareció aquel almuerzo á la cabecera de un enfermo! La mujer charlaba como siempre, dando un cogotazo al chico de cuan-

do en cuando, un hueso al perro y una sonrisa al filósofo. Ni una sola vez se volvió Heurtebise hacia nosotros, y eso que no dormía. No sé ni siquiera lo que pensaba... ¡Pobre muchacho! En esas luchas mezquinas y continuas se había roto el resorte de su naturaleza vigorosa, y empezaba á morirse. Aquella agonía silenciosa, que era más bien una renuncia á la vida, duró algunos meses; luego la señora de Heurtebise se encontró viuda. Entonces, como las lágrimas no habían oscurecido sus ojos claros, como siempre seguía cuidando mucho sus lisos cabellos y como Aubertot y Fajon estaban todavía disponibles, se casó con Aubertot y Fajon. Tal vez con Aubertot, tal vez con



Fajon, acaso con ambos. Ello es que pudo volver á la vida para la cual había nacido: la charla fácil y la eterna sonrisa de las horteras.

#### EL CREDO DEL AMOR



EL CREDO DEL AMOR

Siempre había soñado eso: ser la mujer de un poeta... Pero el implacable Destino, en vez de la existencia romántica y febril que ambicionaba, le arregló una vida dichosa y muy tranquila, casándola con un rico rentista de Auteuil, amable y dulce, un poco viejo para ella, y que sólo tenía una pasión—completa-

29911

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"EL FINO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

mente inofensiva y pacífica:—la horticultura. El bueno del hombre pasaba el tiempo, con la podadera en la mano, en cuidar, en hacer frondosa una colección de rosales, en caldear la estufa, en regar los arriates; ¡y vive Dios que convendréis en que para un corazoncito hambriento de ideal, todo eso no era bastante! Sin embargo, durante diez años seguidos, su vida se mantuvo rígida y uniforme, como las alamedas enarenadas del jardín de su marido, y la subió por sus pasos contados, oyendo con resignación el ruido fastidioso y seco de las tijeras de jardinería, siempre en movimiento, ó la lluvia monótona, infinita, que caía de las regaderas sobre las tupidas plantas. Aquel horticultor furibundo tenía con su mujer el mismo meticuloso cuidado que con sus flores. Medía el frío y el calor que debía reinar en su salón, lleno de ramos y hojas, y temía que tomase el rocío de Abril ó el sol de Marzo; y como á esas plantas colocadas en cajones que se sacan ó se meten en determinadas épocas del año, así la hacía vivir metódicamente, con la vista puesta en el

barómetro y con las variaciones de la luna.

Así vivió ella largo tiempo, aprisionada entre las cuatro paredes del jardín conyugal, inocente como una clemátide, pero con aspiraciones hacia otros jardines menos regulares, menos burgueses, donde los rosales crecieran con todas sus ramas, donde las matas silvestres subieran más arriba de los árboles y estuviesen cargadas de flores fantásticas, desconocidas, en libertad y acariciadas por un sol más fuerte. Esos jardines no se encuentran más que en los versos de los poetas; así es que la pobre leía muchos versos á escondidas del horticultor, el cual, en materia de poesía, no conocía más que los dísticos de los almanaques, alusivos al tiempo.

Sin poder elegir, glotonamente, la infeliz devoraba los peores poemas, con tal de que en éstos encontrara rimas de *amor* y de *pasión*; luego cerraba el libro y pasaba las horas muertas soñando despierta y suspirando: «¡Este es el marido que yo necesitaba!»

Probablemente todo eso se hubiera

quedado en el estado de las vagas aspiraciones, si en el momento terrible para las mujeres, de los treinta años, que es la edad decisiva para la virtud de la mujer, como el mediodía es la hora decisiva para la belleza del día, no se hubiese encontrado en su camino el irresistible Amaury. Amaury es un poeta de salón, uno de esos exaltados, de frac y guante blanco, que van entre diez y doce de la noche á contar en sociedad sus éxtasis de amor, sus desesperaciones, sus embriagueces, melancólicamente apoyados en las chimeneas, á la luz de las arañas y candelabros, mientras las mujeres, en traje de baile, lo escuchan, sentadas formando círculo, extasiadas detrás de sus abanicos.

Amaury pasaba por ser el ideal del género. Cabeza de zapatero fatal, ojos hundidos, color pálido, peinado á la rusa, y muy untado el pelo con pomada húngara. Es uno de esos desesperados de la vida, como gusta á las damas, siempre vestidos á la última moda; un lírico puesto á enfriar, en quien el desorden de la inspiración sólo se adivina por el lazo

un poco flojo de la corbata, hecho descuidadamente. Así es que son admirables sus éxitos cuando con voz estridente recita una tirada de su poema *El Credo del Amor*. Sobre todo, aquella que termina con este verso asombroso:

¡Yo creo en el amor como creo en Dios!

Observad que, no sé por qué, sospecho que á ese farsante le tiene tan sin cuidado Dios como todo lo demás; pero las mujeres no se paran en tan poca cosa. Se dejan impresionar fácilmente por el sonido de las palabras, y cada vez que Amaury recita su *Credo del Amor*, estad seguros de ver alrededor del salón boquitas sonrosadas que se abren y se dirigen como á tragar ese fácil anzuelo del sentimiento. ¡Ahí es nada! ¡Un poeta



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"F. ANSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

que tiene un bigote tan bonito y que cree en el amor como cree en Dios!...

La mujer de nuestro jardinero no se le resistió. En tres sesiones fué vencida. Solamente que como había en el fondo de aquella naturaleza elegiaca algo de honrado y altivo, no quiso cometer una falta mezquina. Además, en su *Credo* el poeta mismo declaraba que no comprendía más que una clase de adulterio: aquel que camina con la cabeza erguida, desafiando á la ley y á la sociedad. Tomando, pues, el *Credo del Amor* por guía, la joven se evadió bruscamente del jardín de Auteuil, y fué á echarse en brazos de su poeta.—«No puedo vivir más tiempo con ese hombre. ¡Llévame!» En casos así el marido se llama siempre *ese hombre*, aunque sea jardinero por afición.

Amaury tuvo un momento de estupor: ¿Cómo imaginarse que una mujer de treinta años tomaría por lo serio un poema de amor, y lo seguiría al pie de la letra? Sin embargo, puso á mal tiempo buena cara; y como en su jardincito de Auteuil, tan bien resguardado, la muchacha se había conservado fresca y bonita, se la

llevó sin murmurar. Los primeros días, aquello fué delicioso. Temían las persecuciones del marido. Fué necesario ocultarse con nombres supuestos, cambiar



de fonda, vivir en barrios inverosímiles, en las afueras de París, en los últimos rincones. Al anochecer salían furtivamente, daban paseos sentimentales por las fortificaciones. ¡Oh poder del romanticismo! Cuanto más miedo tenía ella,

cuantas más precauciones eran necesarias y más balcones cerrados y más persianas corridas, más grandé le parecía su poeta. Por la noche abría la ventana de su habitación y contemplando las estrellas que se veían más allá de los faroles del ferrocarril, próximo á la casa donde vivían, ella le hacía recitar sus versos.



¡Y era tan bueno!

Desgraciadamente aquello no duró mucho. El marido les dejó en paz. ¿Qué queréis? *Aquel hombre* era filósofo. Cuando su mujer se hubo marchado, él cerró la puerta de su oasis, y siguió dedicándose á criar rosales, pensando que afortunadamente las plantas echan raíces muy hondas, se agarran á la tierra y no se pueden marchar tan fácilmente. Nues-

tros enamorados, ya tranquilos, volvieron á París, y de pronto parecióle á la joven que se le habían llevado su poeta y le habían traído otro poeta. La fuga, los temores de ser sorprendido, las per-



petuas alarmas, todas esas cosas que mantenían viva su pasión, ya no existían, y entonces comenzó á comprender, á ver claro. Además, á cada instante, en la instalación de su casita y en esos mil pormenores burgueses de la vida íntima,

el hombre con quien vivía se daba á conocer mejor.

Lo poco que había en él de sentimientos generosos, heroicos ó delicados, lo había desleído en sus versos, sin quedarse con nada para su consumo particular. Era mezquino, egoísta y, sobre todo, roñoso, que es cosa que el amor no perdona. Además, se había afeitado el bigote, y aquel disfraz le sentaba muy mal. ¡Qué diferencia con aquel sedoso y rizado bigote que se le había aparecido una noche, recitando su *Credo* entre dos candelabros! Ahora, en el forzoso retiro que sufría por culpa suya, se entregaba á toda clase de manías, la mayor de las cuales era la de creerse siempre enfermo. ¡Diablos! A fuerza de hacerse siempre el tísico, acaba uno por imaginarse que efectivamente lo está. El poeta Amaury era aficionado á las tisanas, se envolvía en papel Foyard y llenaba la chimenea de frascos y de botes. Durante algún tiempo la pobre mujer tomó en serio su papel de Hermana de la Caridad. La abnegación daba al menos una excusa á su falta, un objetivo á su vida.

Pero se cansó pronto. A su pesar, en la ahogada habitación donde el poeta se envolvía en franela, pensaba ella en su perfumado jardín; y el buen jardinero, visto de lejos, rodeado de sus arriates de macetas, y hasta de sus hortalizas, le parecía tan sencillo, conmovedor, desinteresado, como egoísta y exigente el otro...

Al cabo de un mes amaba á su marido, y lo amaba realmente, no por afecto impuesto por la costumbre, sino con verdadero amor. Un día le escribió una extensa carta, apasionada, de arrepentimiento. Él no contestó. Tal vez no creyera que estaba todavía bastante castigada.

Entonces ella envió cartas y más cartas; se humilló, suplicó que la dejase volver á su hogar, diciendo que preferiría morirse á vivir con aquel hombre. Ahora le tocaba al amante ser *ese hombre*. Lo raro es que se escondía de él para escribir; porque creía que aún estaba enamorado de ella, y aunque pedía perdón á su marido, temía la exaltación de su amante.

«Jamás dejará que me vaya,» le decía.